

EL PULSO DE LOS SEXENIOS
20 años de crisis en México

por
MIGUEL BASÁÑEZ



ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	9
PRIMERA PARTE: LOS HECHOS	
1. LA CRISIS DE 1968	28
La formación del Estado contradictorio, 29; La orientación del aparato productivo, 33; La primera crisis: el movimiento estudiantil, 37; La reconciliación gubernamental con la clase media, 41; El desarrollo compartido, 45	
2. LA CRISIS DE 1976	48
El enfrentamiento de los sectores público y privado, 48; Ruptura en la cúspide, 52; La segunda crisis: la devaluación de 1976, 56; Las finanzas públicas y el petróleo, 60; La reconciliación con los empresarios, 65	
3. LA CRISIS DE 1982	69
El hundimiento del petróleo, 70; La sucesión presidencial, 72; La tercera crisis: la nacionalización de la banca, 76; La preocupación internacional, 81; Las presiones internas, 85	
4. LA CRISIS DE 1987	94
La euforia bursátil, 95; La sucesión presidencial, 101; La cuarta crisis: el desplome de la bolsa, 104; El pacto de solidaridad económica, 107; La economía real, 110	
SEGUNDA PARTE: LAS CIFRAS	
5. LA POLÍTICA	122
La pluralidad del liderazgo político, 122; La participación, 128; La confianza, 131; La orientación gubernamental, 135	
6. LA SOCIEDAD	138
El comportamiento demográfico, 138; El bienestar, 142; La cohesión, 145; La atención gubernamental, 150	
7. LA ECONOMÍA	157
El comportamiento de la producción, 157; El estado de las finanzas, 162; La distribución del ingreso, 168; El empleo, 172	
8. UN INTENTO DE GLOBALIZACIÓN	177
La política, 180; La sociedad, 192; La economía, 198; El país, 202	

TERCERA PARTE: LAS OPINIONES

9. LAS DIFERENCIAS DE OPINIÓN	217
Las diferencias regionales, 217; Las diferencias sociales, 225	
10. LAS OPINIONES EN 1983	248
La cúspide de la pirámide social, 254; Las clases medias, 259; La base popular de la pirámide social, 264	
11. LAS OPINIONES EN 1987	276
La cúspide de la pirámide social, 288; Las clases medias, 293; La base popular de la pirámide social, 301	
12. LA INFLUENCIA DE LA CULTURA	309
Culturas <i>combativas</i> y <i>contemplativas</i> , 309; La sociedad y el concepto de <i>prójimo</i> , 319; La economía y el concepto de <i>trabajo</i> , 322; La política y el concepto de <i>crítica</i> , 325	
CONCLUSIONES	329
APÉNDICES	343
BIBLIOGRAFÍA	362

INTRODUCCIÓN

Esta investigación se dedica al análisis de la transición que México ha experimentado de 1968 a 1987, mediante la exploración de tres planos: el hecho histórico, el dato empírico y la opinión subjetiva de los individuos. La primera parte del libro realiza el repaso histórico de cuatro procesos particularmente reveladores de la relación Estado-sociedad, que pueden identificarse por momentos simbólicos muy precisos que hemos denominado *crisis*: 1) la matanza del 2 de octubre de 1968, como culminación del conflicto estudiantil de ese año; 2) la devaluación del 31 de agosto de 1976, como clímax del enfrentamiento entre el gobierno echeverriista y los empresarios; 3) la nacionalización bancaria del 1 de septiembre de 1982, como símbolo de los excesos derivados del auge petrolero y el endeudamiento externo, y 4) el desplome de la Bolsa Mexicana de Valores en octubre de 1987, como culminación de una euforia bursátil de origen político. La segunda parte del trabajo busca dar un marco empírico al proceso histórico, de tal manera que se puedan establecer bases comunes para comparar similitudes y diferencias de las *crisis* analizadas. Para ello se presentan series estadísticas de 1940 a 1987 como una forma de medición del comportamiento de la política, la economía y la sociedad, con el propósito de clarificar la relación entre los hechos históricos y las cifras estadísticas. La tercera parte se dedica a explorar la opinión de los individuos o más bien las diferentes percepciones que por distintas causas los mexicanos tenemos respecto de los mismos eventos y circunstancias, así como la relación que tal heterogeneidad puede tener con la capacidad social de resistencia del país ante las cuatro *crisis* de los últimos veinte años.

En la primera parte del libro el concepto de *crisis* es importante y aporta elementos novedosos al análisis. Sin embargo, si por *crisis* se hace referencia a un proceso que pudiendo iniciarse en distintas áreas de la sociedad y por una

variedad de causas, pero que finalmente provoca un estado de trastorno tal que se extiende a una amplia porción de la sociedad, afectando la política, la economía y la cultura, al grado de impedir el desarrollo normal de las actividades del país, si tal es el concepto de *crisis*, entonces una cuestión parece quedar en claro como síntesis de todo el trabajo: no es fácil decir que una o varias *crisis* han afectado al país en los últimos años y más bien lo que se ha enfrentado es una transición de mayor profundidad, duración y alcance. No tanto los hechos, como las cifras y las opiniones, así parecen demostrarlo.

Al inicio del trabajo se plantearon cuatro hipótesis centrales: primera, que las respuestas a cada una de las cuatro *crisis* de los últimos 20 años había generado la siguiente, porque se habían atacado principalmente los efectos aparentes e inmediatos y no las causas reales y profundas, produciendo un encadenamiento histórico pernicioso, particularmente a través del centralismo presidencialista, que había extremado los problemas de México; segunda, que no obstante lo anterior, el país había mejorado, aunque de manera accidentada, a partir de la década de los cuarenta, debido a una relativa autonomía en el comportamiento de los planos político, social y económico, al neutralizar y contrarrestar unos a otros sus efectos negativos; tercera, que las últimas cuatro *crisis* habían hecho evidente la existencia de una gran heterogeneidad estructural de la sociedad que le otorgan una importante capacidad de resistencia a las situaciones adversas, por la diversidad de percepciones a una misma realidad; y cuarta, que el plano superestructural —los valores, las percepciones, la comunicación masiva, la cultura— es el que vincula, transmite y propaga los fenómenos que ocurren en los otros tres y, por tanto, las percepciones son tan importantes como la realidad.

La propuesta central es que a partir de 1968 se abrió en México un período de transición como producto de una serie de causas acumuladas que hicieron *crisis*, explotaron, *reventaron*, en el movimiento estudiantil de 1968. Que desde entonces se inició una transición que seguía abierta y sin resolverse en 1987 y que se vino expresando en una serie de explosiones sucesivas —las *crisis* de 1976, 1982 y por último el desplome

bursátil de 1987— y encadenadas una a la otra a través de la política, debido principalmente al presidencialismo centralista del viejo Estado mexicano. Que los eslabones del encadenamiento están contruidos por las respuestas gubernamentales a cada una de las *crisis* enfrentadas. Así, la trama central es la revisión histórica precisamente de esas respuestas políticas y por eso se encuadra el trabajo dentro de la ciencia política y no de la sociología o de la estadística, aunque busca apoyo de ellas.

La respuesta de Echeverría a la deslegitimación que dejó la matanza de Tlatelolco fue ganarse a los jóvenes con puestos, gasto público y retórica, pero despertó la desconfianza de los empresarios que culminó en la *crisis* de 1976. La respuesta de López Portillo fue ganarse a los empresarios con grandes proyectos financiados por deuda externa contratada gracias a la bonanza petrolera, hasta llegar a los niveles insostenibles que condujeron a la *crisis* de 1982. La respuesta de De la Madrid fue ganarse la confianza de los centros financieros internacionales (que estimó perdida por la nacionalización de la banca) a través de pagar escrupulosamente la deuda —aunque se hubiera detenido el crecimiento de la economía y el empleo por seis años— y mostrar optimismo, aunque se basara en una euforia bursátil que resultó insostenible y concluyó con la *crisis* de octubre de 1987, el desplome de la bolsa.

Hasta aquí la propuesta contenida en los primeros cuatro capítulos, de los cuales resultaba necesario comprobar si hubo tal transición o no; si existieron esas *crisis* que la expresaran o no fueron tales; si existió o no un encadenamiento entre esos sucesos, y si dicho encadenamiento fue, en su caso, provocado por la política como se propone y no por la economía o lo social. Al inicio del trabajo supuse que la opinión de los individuos con relación al gobierno —y más aún, las cifras estadísticas— mostrarían caídas o turbulencias agudas en cada una de las cuatro fechas clave, como demostración de la existencia de las *crisis* y de un deterioro de las condiciones del país que, como resultado global de lo anterior, mostraría un perfil declinante en el período de los veinte años. Así es como surgieron los capítulos de las cifras, que no son sustantivos, sino adjetivos. Es decir, los visualicé

como una posibilidad de comprobación de las hipótesis centrales, pero no son ellos la tesis o propuesta a comprobar. Son sólo un intento de medición con cierto grado de empirismo, que permita estimar en forma menos especulativa, qué tan profundas y severas han sido cada una de las supuestas *crisis* y si fueron esas cuatro o un estado permanente y de esa forma aportar elementos para la comprobación de los capítulos históricos. Partí de la conveniencia de contar con un período similar al de 20 años que estaba revisando, para acumular suficiente información y comparar con cierta validez el comportamiento pre y post 1968 que se toma como punto de inflexión.

Los supuestos iniciales no se comprobaron y constatarlo fue altamente enriquecedor. Ni las opiniones de los individuos se volcaron contra el gobierno en 1982 ni en 1987, al menos no de la manera general e indiscriminada que se hubiera esperado; ni las cifras estadísticas se hundieron en las cuatro fechas de las *crisis*, al menos tampoco en la forma contundente que podía creerse; ni en el perfil del período de 20 años resultó lo declinante que a los prejuicios comunes les hubiera gustado. Las opiniones se revelaron mucho más complejas, ricas y sofisticadas ante la variedad de los temas, sobre todo al realizar los contrastes regionales y sociales; las cifras estadísticas en forma similar atenuaban, matizaban y neutralizaban sus efectos globales unas a otras; y el perfil del período a pesar de sus altibajos más que descenso mostraba ascenso hasta el inicio de los ochenta.

Estos hallazgos me llevaron a reformular los planteamientos iniciales. ¿Por qué no había ocurrido lo que esperaba? De esas observaciones se fortalecieron las explicaciones de la gran heterogeneidad de la sociedad mexicana; el comportamiento aparentemente inconexo de la política, la economía y la sociedad en el período; la acelerada maduración de la sociedad civil; la importante formación y participación de una intelectualidad orgánica nueva; la impresión de que el país ha venido avanzando a pesar de sus gobiernos; y, tal vez lo más importante, los signos de la proximidad del final de la transición.

El análisis desmiente, pues, que en alguna de las cuatro *crisis* bajo estudio haya habido en realidad una caída profun-

da o de dimensión nacional y, más bien, en todas ellas ha estado presente en mayor o menor medida un problema de percepción, es decir, un fenómeno de opinión pública. No obstante lo anterior, así como las dificultades conceptuales y limitaciones teóricas del *estudio de las crisis*, se parte de la premisa de que su análisis es útil porque arroja elementos y rasgos del Estado, sobre todo en lo que se refiere a la relación gobierno-sociedad, que en tiempos y condiciones normales es muy difícil encontrar o identificar.

Deseo expresar mi agradecimiento a todos aquellos colegas y amigos que contribuyeron a la formulación de este trabajo. De gran utilidad fueron los comentarios recibidos en las presentaciones preliminares de estas ideas en abril de 1985 en la conferencia de LASA (Latin American Studies Association) en Albuquerque y en el Centro de Estudios México-Estados Unidos de San Diego. Por lo valioso de sus críticas, estoy en deuda con Héctor Aguilar Camín, Emilio Alanís Patiño, Enrique Alduncin, Tatiana Beltrán, Roderic Camp, Fernando Clavijo, Rolando Cordera, Alfredo Elías, Enrique Krauze, Larissa Lomnitz, Lorenzo Meyer, George Philip, Fernando del Olmo, Antonio Ortiz López, Federico Reyes Heróles, Ian Roxborough, Luis Rubio, Rodolfo Villarreal, René Villarreal, Gabriel Zaid, Juan Enríquez y Sergio Zermeño. Para Alfredo del Mazo mi gratitud por haberme permitido compartir esa travesía exploratoria del *ogro filantrópico*, que reforzó muchas de las reflexiones que aquí se presentan. Por su valioso apoyo en distintas épocas a Andrés Viesca, Emilio Salim y Rodolfo Canto. Por su incomparable eficiencia que subsanó los abusos del tiempo que *robé* a mi trabajo para avanzar en esta investigación, mi reconocimiento para Male Castilleja y Alfonso Sarabia y por su ayuda en las labores mecanográficas a Elba Plata, Dolores de los Ríos y Lourdes Hernández.